



Círculo Rojo

MUNDO QUE SUFRE, MUNDO FEO



EDUARDO NORIEGA SEIJAS



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: mayo 2022

Depósito legal: AL 1352-2022

ISBN: 978-84-1137-657-0

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Eduardo Noriega Seijas

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Diseño de portada y contraportada: Juan Venegas

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
PRÓLOGO	19
1. Sendas inciertas	21
2. Incluso tras perder la batalla... ..	33
3. Nunca hay que dar por perdida la guerra.....	51
4. Oscuros túneles al fin iluminados	62
5. Quien persevera lo consigue... o no	81
6. Una choza en el llano	92
7. Intermedio junto al río	104
8. En el altiplano nunca hallarás reposo	112
9. Recelos en el Regatón	125
10. El Risco, plaza débil	128
11. Sorteando trabas entre odios y auxilios	142
12. Rondando la muerte por Estrailan.....	159
13. En la biblioteca.....	171
14. Pisando fuerte	183
15. En la desgracia crecen las amapolas.....	196
16. Tacticismo, amor y muerte	210
17. Indigentes que acaban en el arroyo	227
18. Rodeando el litoral	246
19. Encuentro en blanco y negro	262
20. Lluvia de fuego y plumas sobre la fe	273
21. Pausa y celos en el albergue.....	289
22. Aunque no estés	306
23. Sin rumbo hasta Antehielo	316
24. A duras penas	334
25. Después del polvo, ¡sorpresa!	359
26. Orgullo Mongaut	379
27. Entre nieve y mordiscos.....	401
28. Siempre es un placer.....	413
29. Trances inesperados tras cada recodo del camino	420
30. Única orden: avanzar	438
31. Doble golpe ante el Bosque de Piedra.....	459

32. Ilusiones lobunas.....	472
33. Aves en azul y reposo en negro.....	480
34. Los tiempos cambian.....	501
35. Ocurrencias de la fortuna	518
EPÍLOGO	529

APÉNDICES.....533

1. MAPAS	533
2. PERSONAJES – LINAJES	543
3. SOCIEDAD – HISTORIA – LENGUAJE.....	557
4. MAGIA.....	559
5. CUENTA DEL TIEMPO.....	560
6. RELIGIÓN – DIOSES.....	561
7. MONEDAS – UNIDADES DE MEDIDA.....	564
8. BESTIARIO	567

AGRADECIMIENTOS..... 571

INTRODUCCIÓN

Quien tenga esto en la mano, sabrá ya que está ante la tercera entrega de una serie de novelas de fantasía épica que acaecen en una tierra llamada Homeria. El origen de ese nombre es tema para una conversación ante un café o unas cervezas, no para una introducción.

Debido a una impenitente manía de hacer las cosas lo mejor documentadas posible, tuve que describir Homeria apoyado por algún contenido extra: son los apéndices, situados al final del libro.

Con ellos intenté mostrar mejor Homeria, aportando datos sobre su sociedad, su historia, su fauna, o los pesos y medidas utilizados, además de todo aquello que me resultó divertido de contar o parecía interesante.

Por esa razón, en el primero de esos apéndices están los mapas. Su presencia es algo habitual en obras de este género, y no quise desmerecer a esta privándola de contener mapas de Homeria. Son mapas generales, de cada uno de los territorios, y de otros lugares o hechos de relevancia. Ojalá la pericia que me falta como ilustrador se supla con la destreza al usar las palabras.

He incluido también una relación de personajes. Dado que, según el último recuento, tengo 168 hijos ilegítimos en esta historia, mencionarlos a todos en un listado, como ayuda, no es tan descabellado. Este *Dramatis Personae* (no lo llamé así porque, con mucho esfuerzo, he tratado de eliminar todo lo que proviene de expresiones griegas y latinas, que tanto abundan en castellano, pero imposibles en el lenguaje de Homeria) está organizado según los clanes a los que pertenecen y en orden alfabético. Las ilustraciones de los escudos de armas de las dos principales familias, además de su descripción, fueron extraídas de un tratado de heráldica de Homeria.

Pero no querría preocupar a nadie antes de tiempo: los apéndices no son tan prolijos, ni tan técnicos (en fin: ni tan buenos). Son un apoyo, un auxilio, que puede ser previo, intermitente a medida que se vaya leyendo y

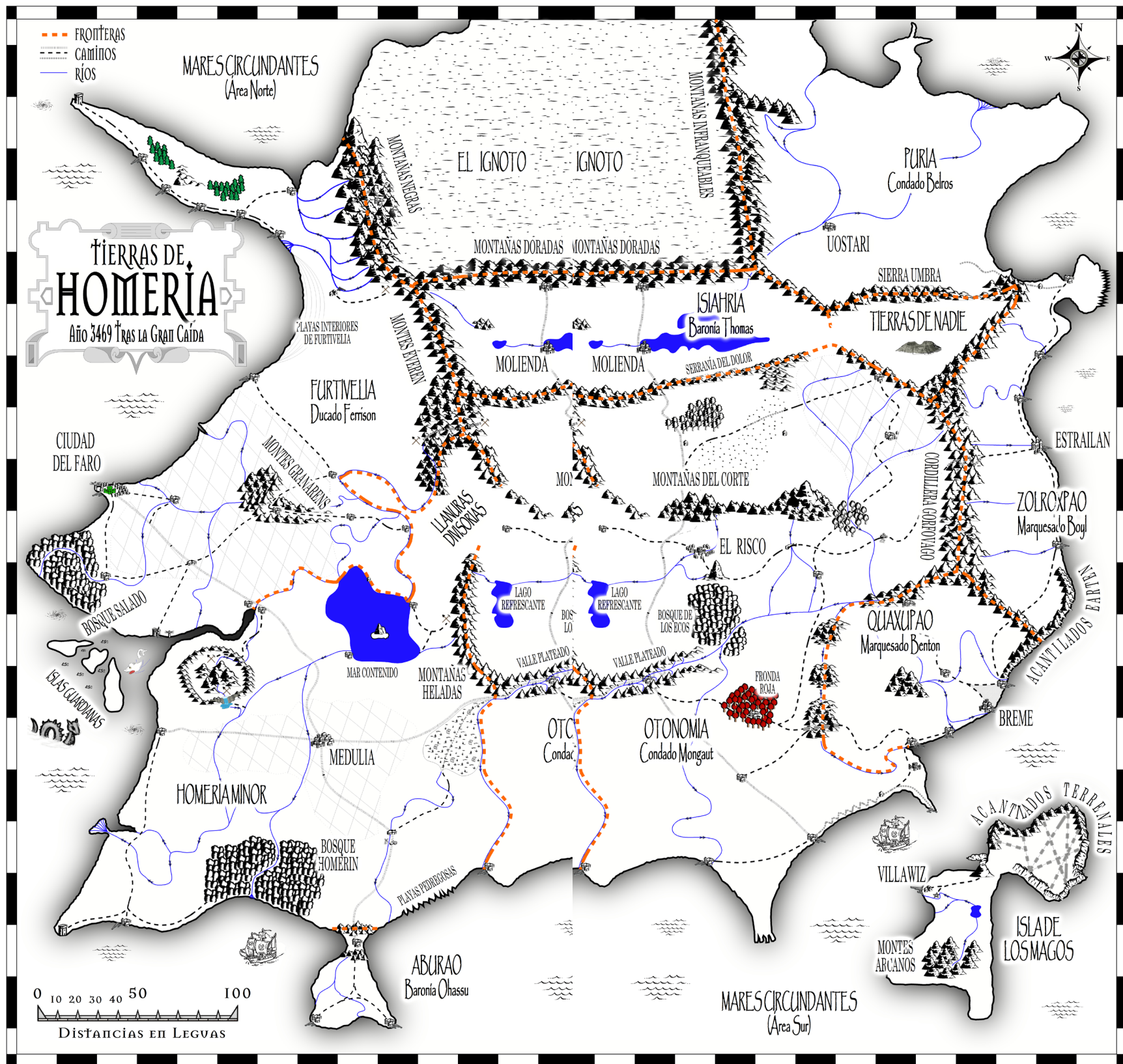
necesitando, o póstumo si se quiere. Y lo que es más importante: son prescindibles. La aventura aquí contada puede seguirse sin problema alguno obviando los apéndices. Pero se mencionan ahora, antes de pasar al meollo de la cuestión, para que uno no se tope con ellos al final de la historia y piense: «*Vaya, si hubiera sabido esto, habría entendido mejor la parte en la que...*».

Sin ningún conocimiento filológico, he tratado de dar al lenguaje del texto un barniz de arcaísmo que encaja con el mundo que pretendo dibujar. Hallar el punto intermedio entre el castellano antiguo (que desconozco flagrantemente) y el actual, que permita un seguimiento sencillo de la trama para un lector medio, ha sido una de las mayores dificultades a las que me he enfrentado con este libro. Esta idea está mucho más desarrollada en este tomo que en los precedentes. El uso del pronombre enclítico (*hallábase* en vez de *se hallaba*) ayuda notablemente a ese fin, aunque me ocasionara no pocos quebraderos de cabeza.

Y, como herencia del tomo anterior, mantengo alguna cosilla: las notas a pie de página que tanto gustaron a mis lectores, para aquellas palabras de uso poco habitual en nuestros días o desconocidas para cualquiera no nacido en Homeria... y pequeños secretos ocultos en el texto que, hasta ahora, creo, nadie ha descubierto.

Para poder dedicarse ya a lo realmente interesante (la historia, siempre la historia), solo me queda desear una muy...

Feliz lectura.



PRÓLOGO

Nadie dijo jamás que la vida iba a ser fácil. Y de haberlo dicho, nunca habríalo creído.

Soy consciente. Hace tiempo. Pero, ¿y él? A veces pienso que sí, que es mucho más sabio de lo que su juventud anuncia. En este poco tiempo, conoce más sufrimiento y dolor del que muchos hombres conocerán a lo largo de toda una vida. Y hasta el más zote sabe que una de las fuentes más seguras de la sabiduría son las penas sufridas, si bien no la única. Por fortuna.

¿Cuándo el sufrimiento huirá para siempre de su mirada? Quisiera que, al menos por un día, sus ojos no fueran nada más que eso: ojos de niño, alegres, incautos, indefensos, sí, pero algo parecido a felices.

—¿Cómo estás hoy?

—Bien, abuelo, bien. Duele un poco, pero no más de lo normal.

Tose. Otra vez. Nunca para de toser.

—Traeré una infusión caliente. Bien caliente. Ayudará.

—Gracias.

Nueva tos. Parece que sus pulmones van a salir por la boca. Estoy pensando eso mismo y, con esa sola imagen en mi mente, creo que voy a vomitar.

—Aquí tienes. Calentita. Ten cuidado: quema.

No tiene fuerzas ni para soplar la taza. La fuerza física nunca ha sido mi más destacada virtud, pero viéndolo, así, penando con cada aliento, nada más que por comparación siéntome como si tuviera la fuerza de mil dragones. ¡Diosa Heil-Sjuk¹, que tus cabezas beban del veneno de la copa y ahogues tu ser en ella! Siempre supe que no existías, pero con esto, mi certeza es ya indiscutible. No sé siquiera por qué sigo hablándote.

—¿Puedes continuar con la historia, abuelo?

¹ Heil-Sjuk: diosa de la salud. Su símbolo es una serpiente con dos cabezas que se enrosca en un cáliz. Véase APÉNDICE 6. RELIGIÓN – DIOSSES.

—¿Estás seguro que quieres oírme decir tonterías? ¿No prefieres dormir y descansar? Tienes cara de no haber dormido mucho.

—Da igual —Sonrisa—. Pláceme tu historia.

—De acuerdo. Tú mandas, como siempre.

—Creí que era la abuela la que mandaba...

—Tienes toda la razón. Por favor, no digas a tu abuela que he dicho que no es ella la que manda. Si no, estaré en un aprieto.

Aun entrecortada por las toses, su risa sigue siendo una canción más bella que la más hermosa que pudiera cantar el mejor bardo de toda Homeria. Ni en la feria de Valdor escucharía algo que sonase más primoroso a mis oídos.

—A ver, ¿por dónde iba? En realidad, es igual. Cambiaré un poco de aires. Hoy hablaré de otro personaje. Es más alegre y dicharachero. Creo que nos vendrá bien un poco de alegría.

—Pero, no abandonarás el hilo principal, ¿no? Quiero conocer el final.

—Tranquilo. Es solo que ahora entran más personajes en la trama. Este es uno de ellos.

—¿Cómo es?

—Es un chico joven, poco mayor que tú. Su nombre es Teo.

1. SENDAS INCIERTAS

Cotolino, Aburao, ciclo² de la Cosecha del año 3470 tras la Gran Caída

Teo giró todo su cuerpo, para dedicar a su compañero de mesa una mirada que este no supo identificar ni traducir. Ferrman estaba más desorientado de lo que solía. Demasiado para alguien tan curtido como él en aquellas lides. ¿Sería acaso desprecio lo que veía? ¿O una petición de ayuda, disfrazada en aquel gris plateado que brillaba con las bujías, como si lo que iluminase la sala fuesen aquellos en lugar de estas? Estaba tan desconcertado, tan extraviado en su propia casa, que sintiose rendido ante aquel muchacho. El truhan negociaba con la habilidad de un buhonero octogenario.

—De acuerdo. Tú ganas. Será tuyo todo el paquete por cinco soles³.

—Habéis hecho un buen acuerdo Ferrman.

El chico alzó la mano al tiempo que chasqueó los dedos hacia una moza que aguardaba a que su patrón ordenase la siguiente tarea. Estaba limpiando diligente la vajilla, mas era incapaz de sustraerse al efecto de la mirada de aquel comerciante.

—¡Neri, tráenos una botella de aguardiente!

Neri estaba abrumada. ¡Sabía su nombre! Aquel intrigante joven continuó:

—¡Y del bueno, no del que tienes para esos paletos que no saben beberlo! Tengo un acuerdo que celebrar con tu jefe.

² Ciclo: medida temporal utilizada en Homeria, de duración aproximada equivalente a dos meses de nuestro tiempo. El año se abre con el ciclo Gélido, al que siguen Nubloso, Florido, Tórrido y de la Cosecha. El año acaba con el ciclo Senescente. Véase APÉNDICE 7. MONEDAS – UNIDADES DE MEDIDA.

³ Dinero, peso, sol, real, cuarto, blesi: unidades monetarias de Homeria. Véase APÉNDICE 7. MONEDAS – UNIDADES DE MEDIDA.

El ceramista asintió en silencio hacia Neri. Era la hija de uno de sus antiguos empleados, que habíase quedado en casa a su servicio un día que pidió ayuda de modo tan lastimoso que no pudo negársela. Desde entonces, la chica ayudaba en todo cuanto érale solicitado, tanto en la casa como en la tienda. Atendiendo a la verdad, era bastante más eficiente que su padre.

Tras el gesto de aquiescencia de su patrono, Neri dióse por enterada y partió en busca de la botella requerida. Quizá excedióse en la calidad del licor tomó de la alacena. Cualquier cosa por aquellos ojos plateados que rutilaban de un modo mágico, atrayente y aterrador al mismo tiempo. Por aquella sonrisa, que provenía de algún sitio de leyenda. Era un gesto natural, innato, infrecuente en el resto de los hombres, con dientes tan blancos como el marfil más puro aún no envejecido. Una sonrisa que lograba aunar los corazones ajenos y dirigirlos hacia lo que fuese que su dueño ansiara. No pensó siquiera. Sabía que podía, que debía, llevar el mejor licor que hubiera en los estantes. Ferrman no iba a discutirlo. Luego, inmediatamente, la falta sería condonada en un perdón comprensivo, anuente con ella. Neri estaba segura de que su falta no tendría consecuencias, puesto que tanto Ferrman como ella habían sido presas de aquella mirada encantadora, mágica. ¿Sería acaso un hechicero?

—Aquí tiene, señor —dijo la moza, dirigiéndose al mercader en lugar de a su patrono, su rostro dirigido a la tabla de la mesa, pero sin dejar de atisbar con el borde de su mirada los ojos argénteos del invitado.

—Muchas gracias, Neri.

¡El joven volvió a llamarla por su nombre! ¡No había sido casualidad, pues, la vez anterior! Guardó Neri la barbilla en el hueco de su pecho y retiróse aprisa, dejando junto a la botella dos pocillos de cerámica de la casa, decorados con flores de invierno de pálidos colores. Salió de la estancia y espío desde el quicio de la puerta de la cocina. Podía ver al visitante de frente desde allí: a sus ojos y su sonrisa añadía un pelo negro como el carbón, que caía en lacios mechones continuamente apartados de su frente con manos finas, hechas para cualquier trabajo que no necesitase de empuñar arma o herramienta alguna; sonreía de lado, como los guapos que saben que lo son o los simpáticos que no necesitan serlo, sobrados de atractivo para hacerse con las voluntades ajenas sin ayuda de la belleza; nunca arrugas de preocupación enturbiaban su gesto ni fruncían su ceño o, si acaso hacíanlo, nadie estaba presente para verlo, de modo que siempre presentase al mundo la mejor de las despreocupaciones; ropajes distinguidos y cómodos, sin llegar a la ostentación, entre los que solo destacaba un cinturón de piel de buey invernero con hebilla de plata, del que colgaba una funda para un cuchillo, de palmo y medio de

hoja, que casi nunca salía de su sitio; y si salía, alguna desgracia solía verse requerida, pues su mocedad no era para nada sinónimo de inocencia; la sangre no asustaba a aquel joven, sobre todo si no era suya; hechura delgada, mas sin la impresión de debilidad que solía acompañar a los hombres enjutos de puro hambre; aunque su talla no alcanzaba la braza⁴, no daba impresión de ser pequeño, pues su liviandad compensaba su falta de estatura y hacíanle parecer proporcionado, que no hermoso. Con una nariz como aquella, demasiado chata para tan fino rostro, nunca podría ser hermoso. Con todo, uno no podía dejar de mirarlo, como Neri bien sabía y estaba sufriendo en sus propias carnes. ¡Ah, si de sus labios saliera una petición de que marchase para siempre de allí con él!

Teo paladeaba el licor de menta con fruición. Era muy espeso. Sintiólo revoltoso en la garganta, provocando cosquillas más que rascaduras al pasar.

—Buen licor, amigo Ferrman. ¿De dónde proviene? Aunque suelo dedicarme a otros géneros, no desaprovecharía la oportunidad de hacerme con un buen cargamento de este elixir. De seguro ayudaría en intercambios venideros. Podría venderlo a buen precio.

—Llegó a mí de manos de un viajero que hacía viaje desde el oeste de los campos de Homeria Minor, allí donde el río Sol cruza la Ruta de la Fruta. Fue el único material que aguantó indemne para su venta de todos aquellos que traía, y el único por el que pagué algo. Lo demás estaba para echar a los cerdos. Ni eso: todo podrido.

Teo obvió el comentario pesimista y el gesto de asco que hizo su anfitrión. Él, a lo suyo.

—¿Queréis venderlo? ¿Una parte, al menos? ¿Una cántara⁵, tal vez? Podríamos dejar el trato en cuatro soles y... cuatro reales. Parecéis agradable. Por eso soy generoso.

Ferrman observó a aquel jovenzuelo y decidió al instante que tenía que acabar sus negocios con él, o acabaría perdiendo mucho más de lo que podría ganar.

—No. Yo comercio con mi porcelana, no con licores. El licor, y solo en su justa medida, nada más que para beber.

Teo hizo el gesto de haber sufrido la mayor desilusión de su vida. En su impostura, casi rompe a llorar. Pero, al cabo de nada, estaban de nuevo su boca y sus ojos con la sonrisa de costumbre. Su vida era una continua representación teatral en la que debía amoldarse al papel que más conviniese

⁴ Braza: unidad de longitud, que equivalía aproximadamente a 1,75 metros. Véase APÉNDICE 7. MONEDAS – UNIDADES DE MEDIDA.

⁵ Cántara: unidad de volumen, que equivalía aproximadamente a unos 16 litros. Véase APÉNDICE 7. MONEDAS – UNIDADES DE MEDIDA.

en cada momento. A veces preguntábase si todo el mundo tenía que fingir tanto como hacía él, con más pamemas⁶ que verdades.

—En fin, tendré que contentarme con lo que tengo. Por favor, que empaqueten las piezas como siempre. Aguardaré fuera, con vuestro dinero. Dinero de Homeria.

Aburao tenía su propia moneda. Hasta ese punto llegaban sus ansias de ser diferentes. Pero su valor era menor que la que usábase en el resto de Homeria, de ahí que su uso quedara restringido solo a su territorio. Pero en Aburao aceptábase el dinero homerino como bueno. Como mejor, incluso. Por eso era algo que mencionaba Teo: sabía que pagar en soles y reales era una ventaja añadida para Ferrman. Cuando cambiase aquel pago a dinero aburano, de seguro podría sacar casi un quinto más de lo que había conseguido de Teo.

El negocio de la porcelana, uno de los que más prestigio tenía en Cotolino, pasaba, como todo, por horas bajas. De las más de diez casas de ceramistas con lengua tradición que había en la ciudad, la mitad habían cerrado, por decesos, enfermedad, ruina o falta de mano de obra apropiada. El suelo de Aburao, que proporcionaba la materia prima necesaria, el fabuloso caolín rojo, seguía ahí pero, ante la falta de interés del resto del mundo por un artículo de lujo como aquellas exquisitas piezas de finísima loza, la producción habíase resentido de manera notable. En aquellos días de guerras hacían falta hojas, armaduras, caballos de guerra, escudos y camisotes⁷ de acero, no tacitas de porcelana. Además, los impuestos en la frontera de Aburao, tanto para mercancías entrantes como para las salientes, no facilitaban el comercio.

Cuando la situación entre los Mongaut y los Ferrison empeoró tanto que la producción de bienes de primera necesidad no alcanzó para alimentar a los aburanos, estos, como solían, replegaron en sí mismos. Echaban pestes de los extranjeros, a los que culpaban de todas sus desgracias. Daba igual que proviniesen de las vecinas Homeria Minor u Otonomia, o de la más lejana Puria, insignificante para ellos: todos excepto los aburanos eran seres malvados sin remedio. Cualquier desastre que sufriese la península de Aburao era culpa de otros. Acentuáronse las diferencias entre las tres principales regiones y sus capitales, Cotolino al sureste, Vosce al suroeste y Goloace al norte. Antiguos rencores renacieron. Los delegados del barón Ohassu, señor del territorio, en cada una de las ciudades, comenzaron a mostrarse hostiles incluso entre ellos. Aburao convirtióse en una sinarquía⁸

⁶ Pamema: melindre (delicadeza afectada); fingimiento, simulación; hecho o dicho fútil y de poca entidad, al que se ha querido dar importancia.

⁷ Camisote: cota de malla con mangas que llegaban hasta las manos.

⁸ Sinarquía: influencia, generalmente decisiva, de un grupo de empresas comerciales o de personas poderosas en los asuntos políticos y económicos de un país.

triple en la que las transacciones mezclábanse con el orgullo de origen. Sus mandatarios, influenciados por demasiados factores, dudaban de todo y de todos. Donde antes había cordialidad y compraventas beneficiosas para todas las partes, extendiose la sospecha y el engaño. La carestía obligó a endurecer las condiciones de todas las transacciones. Los márgenes redujéronse tanto que casi costaba más producir, conservar y vender las piezas que el dinero que por ellas obtenían. Y aquel era campo para que naciesen los pillos. O los tramposos. O los ladrones.

Teo tenía que enfrentarse a recelos en todas partes, pues su sola condición de intruso en Aburao era una carta de presentación difícil de superar. Solo merced a su buen hacer en el trato directo con las gentes lograba poner un plato de sopa y un jergón limpio al final del día, en cada posada en la que recalaba. Pero el acuerdo que cinco años atrás cerrábase en una hora, costaba ahora varios días de ruegos, promesas y zarracaterías⁹ sin fin.

Llevaba años, desde que abandonó la mísera aldea otonomia en la que nació, haciendo la ruta de Aburao. Daba vueltas por aquella pequeña tierra tan particular como sus habitantes, tan acogedora antaño y tan hostil hogaño¹⁰. Aunque, ¿dónde ir, tal y como estaban las cosas? Y ¿cambiar de aires? Con los reptiles volando por toda Homeria, ni aquella expresión era adecuada ni la idea era prometedora.

En todo esto pensaba mientras aparejaba su caballo, a la espera de que llevasen la mercancía recién adquirida. Cresto era un duro macho castrado, de color canela con manchas ceniza, y tantas leguas¹¹ bajo sus cascots que sabía, con solo un leve tirón en las riendas, a dónde quería dirigirse su amo. El nombre vínole de su crin: un cúmulo de pelo castaño que nacía a su gusto, sin orden ni concierto, y que entre las orejas era hirsuto como espinas de erizo, siempre tieso. No era veloz, ni joven, ni enérgico, pero sí fuerte, calmado y resistente. Aquello permitía que, además de ser su montura, tirase de la pequeña carreta en la que Teo transportaba toda su vida, incluyendo las piezas más resistentes de cerámica, sumergidas entre cojines y manojos de heno. Las más delicadas viajaban con él, pegadas a su corazón, en alforjas de cordobán¹² que llevaba en bandolera.

Casi con la misma reverencia que un chico había posado la cerámica en su carreta, Teo abrió un bolsillo de su chaqueta, en el forro

⁹ Zarracatería: halago fingido y engañoso.

¹⁰ Hogaño: hoy en día, en la época actual.

¹¹ Legua: unidad de longitud, que equivalía aproximadamente a unos 5250 metros. Véase APÉNDICE 7. MONEDAS – UNIDADES DE MEDIDA.

¹² Cordobán: cuero de piel curtida de macho cabrío.

interior, junto a la costura del bajo, que pasaría desapercibido a todos si no supiesen que estaba ahí. Extrajo unas cuantas monedas, que brillaron en su mano como pequeños pedazos de estrella, como su nombre, y entregolas ceremoniosamente a Ferrman. Miró a otro lado, simulando el dolor sentido al separarse de ellas. Ferrman sonreía. Aunque por poco tiempo.

—Falta una. Convinimos cinco soles. —Ya no hacía gracia las payasadas de Teo.

—¿Y no son cinco las monedas que os he dado? ¡Qué terrible error! Espero que aceptéis mis disculpas. Aquí está.

La mano tendida del ceramista tuvo su recompensa y al fin saludáronse para despedirse, en buenos términos.

Neri asomaba por la puerta, a media altura, aprisionando el marco con tal fuerza que blanqueaban sus nudillos, como si de la presión de aquel agarre dependiese su supervivencia. Vio alejarse a aquel tratante de lozas tan ¿guapo? montado sobre su caballo. Ni una mirada atrás, hacia ella. Quedó abandonada a su suerte en aquella tienducha de mala muerte. ¡Qué poco duran vivos los sueños en el corazón de las gentes sencillas!

—¡NERIIIII! ¡Ven, rápido, a la cocina! —gritó una voz en el interior del establecimiento.

La tienda era una casa vieja, con parches de arreglos a medida que habían ido derrumbando partes del edificio. Sobre la puerta, un cartel añoso y mugriento oscilaba al compás del viento y anunciaba a gritos de letras sucias: «*Cerámicas Ferrman. Productos de categor*». Las dos últimas letras debieron perderse cuando rompióse el extremo del letrero. Nunca fueron repuestas.

Arrastrando los pies, Neri regresó al interior de la tienda. Regresó a su vida.

El día discurría plácido. Los caminos no estaban en muy buenas condiciones. Hacía tiempo que su conservación abandonó los primeros lugares en la lista de las preocupaciones del régulo¹³ de Aburao, el barón Ohassu. El barón tenía su residencia, de la que casi no salía, en Vosce, y no llegaban buenas rutas para caminantes, caravanas o jinetes ni siquiera hasta allí.

Pero a Teo, como al barón, aquello dábale igual. Al menos aquel día.

El ciclo discurría, reptaba, por las tierras aburanas, con la lentitud de movimientos de un camaleón que estuviera de caza. El bochorno de media tarde pegábase a las ropas de Teo, sudadas como las ancas de Cresto, al que parecía que cada paso costaba más que el anterior. Pero el caballo no emi-

¹³ Régulo: señor de un territorio pequeño y atrasado; reyezuelo.

tía queja: seguía adelante. Siempre adelante. No había sombra bajo la que resguardarse. Aún restaban al menos ocho o diez leguas hasta la bifurcación de caminos que permitiría continuar al norte, hacia Goloace: su siguiente parada. Allí había una posada.

Teo detúvose un instante junto a una fuente. Llenó su odre con agua fresca, sabiendo que sería necesaria tarde o temprano. Ya partía cuando, flotando en la superficie del agua de la pila en la que caía el chorro, vio el cadáver de una golondrina azul. Seguramente fue el calor lo que acabó con ella. Aunque eran el medio de comunicación más rápido que podía imaginarse, la endebles de aquellos minúsculos animales hacía de aquel sistema algo poco fiable. Y allí estaba la demostración evidente de su fragilidad. Teo tomó a la avecilla en sus manos. Pensó que un animal, incluso aquel, que había servido a los humanos sin pedir nada a cambio y había muerto en el desempeño de su cometido, merecía una sepultura digna. Nada de ser comido por sapos, ratas o cualquier otro bicho. Entonces distinguió el mensaje, anillado a una de sus patas, grillete póstumo e inservible. ¿O no? Olvidose al momento del merecido homenaje del animalillo, arrancó la anilla y tiró de nuevo al agua el cuerpo de la golondrina. Sonó hueca, muerta, como con eco.

Cuando leyó lo que allí estaba escrito, con letras diminutas cual hormigas, sus ojos abriéronse como hacía mucho que no sucedía. Era aquel un mensaje relativo a la guerra, destinado a gente más importante que él. Por un instante, paró a pensar en lo que había sucedido. Tal vez sacara un buen dinero si, en el siguiente puesto, conseguía que el golondrinero comprase aquella nota, para enviarla por su cuenta y reclamar luego el pago correspondiente.

Había un puesto de golondrinas distante nada más que tres leguas en la dirección que seguía, de modo que ni siquiera tenía que cambiar su ruta. Picó a Cresto en los bajos con las botas, siempre sin espolear. Iba pensando que no podía arriesgarse a ser prendido con tan valioso material. Tenía que deshacerse de él cuanto antes. A su debido precio, claro.

Cuando llegó al puesto, no había nadie.

Comenzamos bien.

—¡Ah de la casa!

Silencio.

—¿Hay alguien? ¡Tengo un mensaje para su envío que no admite demora!

Una mosca cruzó la sala ante la cara de Teo. Su zumbido retumbó, magnificado por la ausencia total de ruido en el lugar.

—¡Es para un destinatario importante! ¡Pagaré generosamente por este envío!

Nada.

Maldición. Tendría que intentarlo en el siguiente. De todos modos, era muy raro. Había pasado muchas veces por allí y siempre había visto a alguien. ¿Dónde diantres estaría el golondrinero?

Marchaba ya, disgustado y, sobre todo, decepcionado, percibiendo que su recompensa caía del cielo en la pila de una fuente peligraba cada vez más, cuando varias siluetas salieron de las sombras y cerráronle el paso hacia la salida.

—¿Cuál es ese mensaje tan importante? Seguro que podrás compartirlo con nosotros.

Eran cuatro soldados. Vestían la librea negra y amarilla del ducado Ferrison, aunque los sobretodos que cubrían sus cotas de malla estaban tan gastados y sucios que no alcanzaba a distinguirse el bordado con el árbol y el hacha, por más que ocupase toda la pechera. El que parecía comandarlos era más ancho que alto y tenía un ojo mirando a Teo y el otro al cabo del Buen Arrencho, aunque ser ojituerto, más que a chanza y burla, movía a temor en aquel caso. La juntura de sus labios ampliábase merced a una cicatriz que corría por toda su mejilla siniestra, casi hasta la oreja. Olía mal, peor que Cresto, algo que advertíase aun desde lejos. Pero lo que más asustó a Teo fue la espada, con pegotes de sangre seca. Sangre de alguien. Apuntaba con ella a su corazón, a una distancia de poco más de dos brazas.

—¡Oh, ninguno, en realidad! Seguro que para vos no será más que una niñería. Mi hermana, que ha tenido al fin a su niño...

—¿Y eso es como para que *un destinatario importante pague generosamente* por saberlo?

—Sí, sí... es que es un bastardo suyo, de un pequeño señor de Otonomia.

—¿De quién? —Una vez avistada, el depredador no soltaba la presa.

—Eeehhh, pueeeees... del señor de Monteagudo.

—¿Dónde está eso?

—Es un pequeño territorio del norte del condado, en el brazo sur de la Serranía del Dolor. Muy bonito, por cierto —dijo Teo. Mencionó la parte de Otonomia más lejana a donde estaba de cuantas acudieron en auxilio de su memoria.

—¿Conoces ese lugar, Marass?

—No he oído mencionarlo en mi vida, Brunell.

—Porque tú eras de allí, ¿no?

—Sí, Brunell. Mi familia proviene de la curva del Cantorh, en Campo Nuevo. La Serranía del Dolor es visible desde allí mismo, en todos lados, si miras al norte.

—Me da entonces en la nariz que este joven quiere cachondearse de nosotros. Y eso no puedo permitirlo. No, no podemos permitir el cachondeo al ejército. Somos soldados muy serios —Acercose dos pasos más. La espada estaba a menos de una braza del pecho de Teo—. Dame ese mensaje, si no quieres que atravesase tu cuerpecillo de comadreja de lado a lado.

Teo decidió cambiar de estrategia.

—No tenéis poder aquí. Esto no es Furtivelia —dijo, tan serio como pudo.

Brunell entornó la cabeza y miró con más cuidado al muchacho. No era tonto.

—El poder no lo otorga nuestro señor, sino nuestras hojas, afiladas para afeitarte desde el cuello al ombligo desde una braza de distancia. Ni siquiera sentirías nada. Danos el mensaje. O muere.

La mente de Teo volaba. Si entregaba la anilla que sacó de la golondrina muerta, iba a morir él también, pues para ellos era un espía otonomio, sin duda. En caso contrario, sucedería lo mismo, si hacía caso de las palabras de aquel gorila, feróstico¹⁴ como un jabalí verrugoso. Había que intentar otra cosa.

En menos tiempo del que dura el aleteo de un colibrí, Teo sobrepasó por debajo el espacio ocupado por la espada del soldado. Era un gesto aprendido cuando esquivaba los palos de su antiguo patrono. Logró situarse detrás de él sin que el guerrero advirtiese nada, tan rápido fue. Con el brazo izquierdo agarró al soldado. Con el derecho aproximó su cuchillo, sacado de la funda del cinturón para la ocasión, al hueco entre el cuello y la clavícula. Una gota de sangre asomó, espesa, lenta.

—¿Qué haces, bastardo?

—¡Atrás! ¡Todos! ¡Atrás o muere aquí mismo!

La espada de Brunell había caído con un cantarín sonido al suelo del puesto de golondrinas. El resto desenfundaron sus armas. Todas orientáronse a Teo. En realidad, apuntaban a su jefe, pues Teo protegíase con su corpachón del resto de la patrulla furtiveliana.

—No puedes escapar. Suelta el cuchillo y no sufrirás demasiado cuando te matemos —dijo Marass. Parecía el segundo al mando del grupo.

—¡Atrás, he dicho!

Por más que pidiera Teo que retrocediesen sus acosadores, tal cosa no sucedía. El único que iba hacia atrás, como un cangrejo que tuviera sujeto entre sus pinzas a un soldado gordo y feo, era él. Caminar hacia atrás siempre es peligroso. Uno no ve dónde posa sus pies. Y

¹⁴ Feróstico: feo en alto grado.

diose la fatalidad de que los pies de Teo tropezaron con algo. Da igual con qué: una grieta en el piso, un trasto allí tirado, un gato negro que cruzó la sala y maulló de dolor... El resultado fue que el tropezón llevó al suelo a los dos. Teo y su rehén rodaron por el suelo envueltos en el abrazo menos amistoso jamás contado desde que el tiempo es tiempo. El momento fue aprovechado por los otros soldados para acercarse e intentar auxiliar a su jefe.

A su capitán ya no podrían auxiliarlo. Un sorprendido Teo miraba al cuerpo que tenía sobre él: el puño de un cuchillo, el suyo, asomábale del cuello. Un chorro de sangre, limpia y brillante, en profundo contraste con el cochambroso uniforme que vestía, manaba salpicón, manchando el suelo más de lo que ya estaba. El rostro de Teo hallose en un instante bañado en sangre. Fue la caída la que terminó con la vida de aquel soldado, no la voluntad de Teo.

Brunell no decía nada, allí tirado. Pero sí sus subordinados. Los tres gritaban, llamaban a su mudo superior. Proferían dicterios¹⁵ nacidos de las cloacas de cualquier ciudad. Amenazaban con horrendas muertes si no deponía su cuchillo y entregaba su libertad. Teo sabía que los amenazados comen pan¹⁶, pero no por eso estaba más tranquilo.

Tuvo el tiempo justo para esquivar con un empujón al primero que llegó. Hirió al segundo con un nuevo lance del cuchillo en la mano que sujetaba su arma. Por fortuna para Teo, estaba libre de guantelete. Para librarse del tercero no tuvo otra opción que la huida. Salió por la puerta rápido como el viento del norte que azota con sus tormentas el cabo Obs. Su agilidad habíale salvado en el lance.

Por unos instantes los soldados debieron preocuparse por las heridas de sus compañeros, en lugar de por aquel que las había causado, porque Teo abandonó el puesto de golondrinas sin que nadie fuera tras él.

Como siempre, todo lo bueno dura poco.

No había avanzado ni diez cuerdas¹⁷ cuando los gritos de los soldados escucháronse tras él. Lamentó, sí en ese instante, no disponer de espuelas con las que azuzar a Cresto para que galopase más rápido. Los gritos trataban de organizar, en ausencia de quien siempre daba las órdenes, el caos de la persecución. Cada vez estaban más cerca. Con la carga que atoa-ba el pobre y viejo Cresto no podía superar en velocidad a las monturas de

¹⁵ Dicterio: dicho denigrativo que insulta y provoca.

¹⁶ *Los amenazados comen pan*: expresión de la época que da a entender que no todas las amenazas se cumplen o son efectivas en su efecto disuasorio.

¹⁷ Cuerda: unidad de longitud, que equivalía aproximadamente a unos 10,50 metros. Véase APÉNDICE 7. MONEDAS – UNIDADES DE MEDIDA.

los soldados. Solo restaba una opción. Iba a perder su valiosa mercancía, pero al menos tendría una posibilidad de ganar su vida.

Había preparado el atalaje del pequeño carromato para poder desprenderse de él con rapidez si acaso fuese necesario. Debía ser precavido. Con un golpe del talón en un pequeño resorte junto al estribo derecho, su lastre con ruedas, la cerámica recién comprada a Ferrman, toda su vida anterior, quedó atrás. Solo continuaron, ya a galope tendido, Cresto y él. Ni las alforjas con las piezas más delicadas pudo guardarse. Por detrás, la muerte, vestida con uniformes furtivelianos, acosaba.

Nunca había tenido problemas serios con la ley. Nada más allá de alguna discusión por un trato algo ajustado, que la otra parte interpretó como un timo. Pero aquella época había quedado atrás. Desde hacía años era honrado. O tan honrado como uno podía ser en días infaustos como eran esos.

Y, sin embargo, allí estaba: huyendo de la autoridad, de una autoridad, del ejército del duque Ferrison, por haber matado a uno de los suyos, aun sin quererlo. Perseguido por ocultar un mensaje que tal vez fuese vital para los Ferrison o los Mongaut.

—¡Corre, Cresto, corre! ¡Corre como nunca en tu vida, pues de ello depende la mía!

Las tres monturas de los soldados acercábanse, lenta pero inexorablemente. Cada vez más. Cresto había cogido ritmo, pero tal vez no fuese suficiente. A su derecha, al norte, un repecho en forma de colina boscosa trabajaría a su favor. Ralentizaría a sus perseguidores, favoreciendo la resistencia de su caballo. Dio un tirón a las riendas y dirigióse hacia allá. Entre gritos, los soldados también viraron. La persecución acababa de comenzar.

Soldados tras él. Intrigas políticas. Riesgo y muerte. Pérdida de bienes. No había duda: sin remedio posible, Teo había entrado de lleno en la guerra.

No sabía en cuál de los bandos. No sabía a ciencia cierta por qué. No sabía si sobreviviría a aquel día. Lo único que sabía era que su caballo y él eran hostigados por soldados ansiosos de venganza. Y que, camino adelante, solo la incertidumbre era segura.